

EXILIO

P.— Andrés, ¿cómo ha sido para Ud, esta dura experiencia del exilio?

R.— El drama del exilio, Florencia, revolotea todo el día: en la mañana, en la tarde y en la noche, porque siempre hay algo que te recuerda el país. Muchas veces pienso: tal vez sería mejor no recibir nada de Chile, ninguna noticia, nada, para no tener problemas, para no estar siempre pendiente. Muchas veces, me digo que sería mejor no recibir ni siquiera fotografías de los seres queridos. Sin embargo, por otro lado, uno se aferra a esas cosas. Estás ligado a tu patria, a lo que es tu patria, a lo que es tu quehacer. El exilio es signo de soledad, a pesar de que se pueda estar rodeado de gente, de mucho cariño, de mucha solidaridad; es como la sombra al cuerpo, que uno lleva a cuestas siempre y si ya no tiene sombra, es que ha dejado de ser cuerpo. Creo que el exilio es eso, es como una carga; quien la lleva, siente siempre su peso y una aguda soledad. Es bueno, en el sentido de procurar reposo como para poder reflexionar con mayor profundidad, para analizarse a sí mismo, para reencontrarse consigo mismo, muchas veces, en valores que uno había dejado. . . no abandonados, pero sí un poco escondidos. Diría que he tenido un mayor reforzamiento espiritual, más fe en lo que siento, en lo que creo, en mis valores, en mi iglesia. . . no obstante mis defectos.

Muchas veces trato de conversar con Dios dentro de esta soledad del exilio; converso y planteo mi problema, le pido que me dé luces y que me haga ver si estoy equivocado.

P.— ¿Por qué salió usted del país, después del plebiscito, en el que usted fue, sin duda, unos de los líderes?

R.— Había aceptado invitaciones de Italia e Israel. Al salir de Chile nunca pensé que, después del plebiscito podía correr riesgos, cuando hasta el propio General Pinochet había llamado a la unidad de todos los chilenos y relevantes personeros del gobierno habían formulado una serie de declaraciones en el sentido de que no había que temer represalias, ya que las normas transitorias se usarían como excepciones y en casos muy graves. Sin embargo, el 16 de octubre de 1980, cuando estaba recién instalado en un hotel de Jerusalén, me llamaron por teléfono: habló primero una hermana de mi mujer, luego un amigo que estaba en la casa; al parecer había mucha gente, porque se oía mucho ruido... Al principio, pensé que era una desgracia familiar. Cuando supe que no podía volver al país, mi reacción fue de estupor, de no creerlo. Primero, porque no sabía que pudiera haber causa alguna que me hiciera objeto de una sanción tan tremenda y segundo, porque el mismo Gobierno declaró que ese tipo de medidas iban a aminorarse, a tratarse con mucho más cuidado. Más tarde, esa misma mañana, recibí un llamado telefónico de la Dirección del Diario "El Mercurio" para preguntar por mi reacción. Les dije que realmente lo consideraba absurdo, imposible y que no lo creía. Entonces me leyeron la declaración que yo habría hecho a un diario mejicano. Me la leyeron completa. Sostuve entonces y sostengo ahora, que esa declaración es falsa en todo su contexto. En esas declaraciones, yo habría reconocido haber tomado contacto con personeros de las Fuerzas Armadas, acción dirigida a dividir las para derrocar al gobierno. Jamás he dicho esas cosas. No son ciertas. Jamás he conversado con uniformados, para esos efectos. . . Mis propias convicciones democráticas no me lo permiten, salvo que se produzcan encuentros casuales en recepciones diplomáticas o sociales, en las que a veces he departido con oficiales. Pero, nunca he participado en actos de sedición ni he golpeado a la puerta de los regimientos. Además, jamás pensaría en provocar esas divisiones porque estimo que esa situación sería realmente crítica y catastrófica. Me parece que es lo peor que podría producirse en el país, porque significaría en el fondo una confrontación, una guerra civil y yo estoy en

contra de la violencia, de manera concluyente y absoluta.

Soy partidario de la vía pacífica. Mal puedo entonces buscar descompaginar el status militar. Muy por el contrario, creo que en cualquier forma de transición a la democracia, las Fuerzas Armadas tienen que desempeñar un papel preponderante en la sustentación de esa transición y en la consolidación misma del proceso.

P.— Andrés, usted me dice que nunca ha llamado a los cuarteles. . . Sin embargo, muchos culpan a usted y a otros dirigentes de su partido Demócrata Cristiano de golpistas. . . Incluso de haber participado, directa o indirectamente, en el golpe militar del 73, que terminó con el Gobierno socialista de Salvador Allende.

R.— Yo no tuve ninguna participación en el golpe. Y creo que no sólo mis palabras lo comprueban, sino que mi conducta y mis actuaciones posteriores y anteriores al golpe avalan esta afirmación. Personalmente, durante el gobierno de la Unidad Popular, junto con mi partido y muchas otras personas que creían realmente en la democracia, tuve una oposición clara y definida al Gobierno de Allende. Creíamos que el Gobierno mencionado conducía, en definitiva, a que Chile perdiera su democracia, en los términos que todos conocíamos.

P.— Ese Gobierno puede haber sido un caos, pero no tendía al totalitarismo. De hecho, la libertad que teníamos era inmensa, casi había demasiada. ¿Por qué la Democracia Cristiana tuvo tanto miedo de que se llegara al comunismo?

R.— Por una cosa muy clara: Allende no gobernaba. Allende era sobrepasado por los partidos. Indiscutiblemente, quien decidía el camino no era la voluntad democrática del Presidente. Estaba convencido y sigo convencido de que, aún cuando Allende podía esgrimir a su favor su pasado y su formación democrática, la realidad era que, la inspiración de su Gobierno y los objetivos perseguidos no podían ser otros que un modelo de sociedad fundada en los principios marxista-leninistas y, por ende, una solución totalitaria y antidemocrática. Su gobierno estaba integrado por un equipo de hombres pertenecientes a un Partido Comunista, como el chileno, clara y decididamente marxista leninista, dependiente de la Unión Soviética; un Partido Socialista confeso, en sus declaraciones

y en sus actos, de ser partidario de la tesis de la dictadura del proletariado, del uso de la violencia como medio para lograr el poder político, de la acumulación del poder total y, muchas veces, más extremista en sus posiciones que los propios comunistas. Estos eran los dos partidos políticos que daban la base fundamental de apoyo al Gobierno, acompañados de otros de menor peso, adheridos también a las tesis marxistas, como el MAPU, Izquierda Cristiana y un sector del Partido Radical.

También la acción del citado Gobierno se encontraba condicionada por las exigencias más extremas de los grupos violentistas, especialmente las del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria).

La mantención de las libertades y el respeto de los derechos fundamentales, en ese período, fueron una realidad, pero con una clara tendencia a ser conculcados, cada vez que el poder o el abuso lo permitía.

Se mantenían tácitamente, mientras no asumieran el poder total.

Allí terminan las libertades en estos regímenes: así lo demuestra la historia contemporánea.

P.— Sin embargo, el presidente Allende sostuvo siempre que, una vez terminado su período presidencial, abandonaría La Moneda.

R.— Es efectivo, seguramente ese era su deseo; pero, el desarrollo de su Gobierno y las acciones ejercidas eran contradictorias con ese anhelo. No me cabe duda de que, si en el sexenio de su Gobierno, sus partidarios hubieran logrado sus objetivos: controlar todos y cada uno de los centros de poder, comenzando por el propio Estado, el poder económico a través de las estatizaciones, más los medios de comunicación y contar, además, con la fuerza a través de los grupos armados paramilitares, Chile no habría seguido siendo un país democrático sino una dictadura.

El propio Partido Comunista, con posterioridad al golpe, reconoció que había optado por la vía democrática, como un tránsito necesario para llegar a establecer en Chile una sociedad fundada en los principios marxista-leninistas, lo que no es otra cosa que un régimen no democrático que se rige por una dictadura, llamada del "proletariado".

P.— Bueno Andrés, dejemos pendiente el tema y regresemos al momento de su expulsión. Cuando se encontraba en Israel en visita oficial. . . ¿estaba como presidente de la Democracia Cristiana?

R.— En el fondo, como Andrés Zaldívar; pero, por supuesto, tenía una representación política. . . Además tenía interés en conocer Israel y sus instituciones jurídicas desde hacía mucho tiempo para lo cual aproveché ese veranito de San Juan que se produjo después del plebiscito. Estaba muy cansado y esa invitación, sumada a una de la Democracia Cristiana de Italia, nos permitían hacer un viaje de un mes con mi mujer.

P.— ¿Tuvo una explicación del Gobierno sobre la causa de la expulsión? ¿o fue solamente la entrevista concedida al diario mejicano, "Uno más Uno"?

R.— "El Mercurio" publicó una aclaración de ese mismo diario mejicano, que desmentía la veracidad del contexto de la entrevista. Yo no hice ninguna declaración a ese rotativo, en ese sentido. Después supe que se marginó al periodista que cambió la noticia, por estimar que había faltado a la ética del periodismo.

Además, quedó demostrado por las declaraciones posteriores del Gobierno, que no era sólo esa la causa por la cual se me aplicaba la sanción, sino por toda mi actuación política, cosa que no llego a comprender.

El Gobierno publicó una página entera en "El Mercurio", en que transcribió una serie de citas parciales de declaraciones mías. La totalidad de esas declaraciones, la gran mayoría, salvo una que formulé a la televisión alemana en el año 76, o sea, cinco años antes, tienen relación con el plebiscito.

Antes de éste, se nos aseguró que habría libertad y ese fue, incluso, uno de los argumentos que se difundieron al exterior, que la libertad era absoluta y que la oposición había podido exponer perfectamente su posición. Pienso que la libertad fue relativa, hubo posibilidades de decir cosas, se me permitió tener entrevistas con corresponsales extranjeros que concurrieron al país con motivo de esa consulta. También planté mi posición en intervenciones de naturaleza política.

La causa de mi expulsión fue que yo había sido uno de los conductores de la oposición en el plebiscito.

P.— Muchas personas se han asombrado de su silencio en el exilio; se habló hasta de una orden del Partido Demócrata Cristiano de mantenerse "low profile" para facilitar el regreso. . . ¿Es esto efectivo?

R.— No hay orden alguna. El partido me dejó libertad de acción y puedo adoptar, en consecuencia, la actitud que estime conveniente. Y no he guardado silencio. Tiene que darse cuenta que, si a la gente que está en Chile se le publica muy poco, es muy poco probable que escuchen o publiciten a los que nos encontramos en el extranjero. Pero, no es sólo un problema de declaraciones. He hecho, hago y haré todos los esfuerzos para tratar de volver a Chile, primero, porque creo que la medida es injusta y segundo, porque el derecho de vivir en la patria no puede ser limitado ni restringido. . . Bueno, salvo que existiera una sentencia judicial que me condenara al extrañamiento.

No he guardado silencio, sino que creo que se es mucho más eficiente tratando de hacer efectivo ese derecho. Para lograrlo, he recibido la solidaridad interna, sin solicitarla, mucho más allá de lo que podría publicar la prensa. Una solidaridad que va desde personas que están dentro del Gobierno hasta otras que militan en la izquierda, en posiciones absolutamente divergentes a las mías, pasando por gente de muy diversas condiciones. Realmente este apoyo que me han dispensado ha sido imponderable.

P.— Y si, pese a esa colaboración directa e indiscutible, no se ha podido modificar la medida, es ¿porque se trata de una disposición presidencial?

R.— No puedo afirmar que sea o no del General Pinochet; lo lógico sería que fuera suya. Una medida tan grave no la toma un subalterno. Puede ser que algún inferior jerárquico se lo haya aconsejado. Eso es distinto, pero la orden, indiscutiblemente, tiene que haber sido dictada por la máxima autoridad. Ahora, pienso que partidarios del Gobierno, que han manifestado su solidaridad conmigo, lo hacen así por decencia personal. Por cierto, no tengo por qué dar nombres.

Por lo demás, varios de ellos, en entrevistas que se han publicado en diarios y revistas, han expresado claramente su criterio opuesto a la medida. Eduardo Boetch, Jaime

Guzmán, Francisco Bulnes, Patricio Phillips Boetsch y la revista "Qué Pasa", por mencionar a algunos.

P.— Andrés, fuera de la solidaridad interna, ¿qué apoyo internacional ha recibido?

R.— En Europa, el de la gran mayoría de los Gobiernos. Yo diría de casi la totalidad y no es sólo una adhesión pasiva. Tengo conocimiento de que los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad Europea trataron mi situación en dos oportunidades y pidieron solución al Gobierno de Chile. Sé que hubo gestiones a muy alto nivel como las del Gobierno español, que fue en definitiva al que acepté su hospitalidad. Hubo también de distintos países latinoamericanos, del presidente Herrera de Venezuela, del presidente Jaime Roídos, de Ecuador.

Dentro del propio Gobierno de los Estados Unidos, existió preocupación también. El Vaticano mismo hizo presente su inquietud al representar la necesidad de que se buscara una solución.

P.— Lo he visto fotografiado con el Papa, ¿cómo fue su conversación con él?

R.— Con Su Santidad he estado en dos oportunidades, lo que ha dejado profundas huellas en mí. La primera, un día que concurrí a una audiencia general en la Plaza de San Pedro, precisamente en el lugar mismo donde ocurrió el atentado en su contra.

Habían pasado quince o veinte días desde que se impidiera mi regreso y él sabía ya que mi caso era estudiado por la Secretaría de Estado del Vaticano. El asunto se había planteado a nivel de embajadores en la Santa Sede y se había dado instrucciones para que se intercediera por mi situación.

Sucedió que al final de la audiencia, el Papa saludaba a la gente como acostumbra, dando la mano y sonriendo con cariño. El sacerdote que iba a su lado le dijo que yo era el presidente del Partido Demócrata Cristiano chileno y que estaba exiliado. Entonces se detuvo, cosa excepcional, y me tomó la mano. Me preguntó si había sido expulsado antes o después del plebiscito. Respondí: después del plebiscito, y él movió la cabeza con un gesto de desconuelo, de no comprender y me miró a los ojos. Tuvo una expresión muy penetrante, como tratando de transmitirme un mensaje de esperanza y de áni-

mo, me puso una mano sobre la cabeza y con la otra me dio la bendición y me expresó: "Espero que pueda llevar su carga y resistirla", o algo así, no podría decirlo exactamente, porque yo estaba muy emocionado. Luego, en el mes de abril, a raíz del homenaje que rindió el Pontífice a De Gasperi, con motivo de los 100 años de su nacimiento, concedió una audiencia a los parlamentarios del Partido Popular Europeo que reúne a todos los partidos demócratacristianos y de centro de Europa. Me invitaron como representante de la Democracia Cristiana. Cuando el Papa terminó, pasamos a saludarlo. Tuvo conmigo una especial deferencia. No sé si uno se pone muy sensible, pero lo sentí como algo muy especial. Para mí fue muy significativa la actitud suya; me imagino que Mariano Rumor, que pasó antes, debe haberle recordado quien era yo, porque el Papa no tenía por qué acordarse de mí, pero, nuevamente me tomó las manos y conversó conmigo durante algunos minutos. Me preguntó si mi situación se había resuelto, le dije que no y entonces hizo ese mismo gesto de la primera vez, moviendo la cabeza con desaliento. Justo antes, él había hablado sobre De Gasperi, quien había sido capaz de resistir la cárcel, la persecución, la represión, hasta las injurias, y que su mérito era precisamente haberse sobrepuesto a su odisea. . . por defender los valores del humanismo.

Dentro de este marco se planteó mi conversación con el Sumo Pontífice. Me regaló un rosario para mi mujer y me preguntó por el número de mis hijos y por su ubicación, se preocupó mucho por la vertiente humana del exilio. Finalmente me recomendó que tuviera fuerzas, que no me dejara vencer, que lo importante en la vida era ser consecuente, actuar de acuerdo con la conciencia y, finalmente, me brindó su bendición especial.

En ambas oportunidades, Juan Pablo II exteriorizó su descorazonamiento dejando entender su incomprensión de que a una persona se la pueda privar del derecho de vivir en su patria, por el sólo hecho de discrepar con el régimen que está en el poder.

P.— El Gobierno español, ¿le ha ofrecido residencia definitiva?

R.— Me ha dado todo tipo de facilidades y apoyo. . . Sólo puedo expresar mi agradecimiento.

P.— Muchas personas de izquierda no aprobaron su conducta en tiempo de la Unidad Popular ¿Cómo han reaccionado ahora los exiliados chilenos frente a usted?

R.— En forma muy normal, muy fraternal, muy amistosa. En el fondo, lo que pasa es que, cuando uno ha tenido diferencias con alguien, ello no significa que haya habido una pelea de orden personal. La discrepancia, de por sí, no rompe el diálogo y personalmente la he practicado siempre de ese modo. Además, el exilio produce una capacidad humana que va más allá de los planteamientos ideológicos o partidarios que podamos tener. Como decía, el exilio tiene su lado positivo también.

La soledad del exilio invita a reflexionar, a mirar dentro de la propia conciencia y a recomponer incluso la escala de valores. Me ha impelido a comunicarme con los seres más queridos, con mis hijas, mi mujer, mis padres, mis hermanos, mis amigos y con mucha gente que me dispensa su solidaridad.

He escrito numerosísimas cartas en las cuales vierto mis reflexiones, mal expresadas seguramente, con todos los defectos que uno tiene.

A mí, gracias a Dios, me llegó el exilio cuando estaba con mi mujer en Jerusalén, lo cual me ayudó mucho, porque si hubiera estado solo habría sido extremadamente duro. Inés ha tenido siempre un gran papel en mi vida. Recuerdo que apenas nos cumunicaron la noticia, nos quebramos sí, un poco por la impotencia. Después con muchas presencia de ánimo, ella abrió la Biblia y sucedió que el salmo que apareció ante nuestra vista era el 60, que es la oración del desterrado. Lo impresionante fue que esto resultó del azar, y no de una elección. Este hecho, casual o no, lo interpretamos como una expresión de ayuda de Dios.

P.— ¿Le da miedo ser olvidado? ¿Que después de un año, muy pocos se acuerden de Andrés Zaldívar y su destierro?

R.— Eso es muy humano, ocurre a veces con los seres queridos y en el caso mío con mayor razón. No tienen por qué los chilenos, parientes, amigos o compatriotas estar todo el día pensando en mí. Tal vez en el primer momento, causó desazón y lo sentí así, pero transcurrido el tiempo, van produciéndose otros hechos y la gente tiene que seguir su vida y mi situación se convierte en una preocupación secundaria.

P.— ¿Le siguen escribiendo?

R.— Sí, mantengo correspondencia con muchas personas de Chile. Muchas veces gente anónima, es decir, personas que uno conoce poco o que no conoce en absoluto. Esto, sin contar el correo ordinario, que es muy nutrido. Parte de mi tiempo la dedico a responder cartas, no sólo por buena educación, sino porque cada misiva me permite reflexionar y confienciarme en algún sentido con esa persona que tiene la confianza o el cariño de estar junto a mí.

P.— ¿No cree usted que su exilio en Madrid, en este departamento, acompañado de su esposa y sus hijas, con el cargo de director del instituto que el Gobierno español le ha ayudado a fundar. . . es un destierro de cinco estrellas comparado con otros, incluso con los de algunos de sus camaradas, como Renán Fuentealba o Rafael Agustín Gumucio, por ejemplo?

R.— Esa observación puede tener algo de realidad, pero no creo que al exilio pueda ponérsele estrellas, ni una, ni dos, ni cinco, porque el destierro es, en sí, una pena que no se puede graduar. Puedo afirmar sí, que es un castigo tremendo para todo ser humano. Es decir, se le puede calificar, pero no admite grados.

Creo, por supuesto, que el exilio, con lo brutal que es para quien lo sufre, depende de muchos factores, tiene que golpear más a unos que a otros.

Lo importante es que haya solidaridad y apoyo para toda persona que sufra esta pena con el fin de que pueda regresar a su hogar, a su patria. Hay que buscar fórmulas que remedien esto. La Iglesia, que ha cumplido un gran desempeño, ha estado permanentemente reclamando una solución para los exiliados. Sin embargo, las circunstancias que vive el país no han abierto la mente ni los corazones para buscarla. He seguido de cerca el caso de España. Aquí, cuando terminó el régimen franquista, se produjo de inmediato una apertura hacia el exilio, y poco a poco la gente se fue dando cuenta de que la única manera de provocar la reconciliación era, precisamente, curando esta grave herida. La solución del destierro en España se cumplió por etapas, en un plazo breve, no superior a un año.

P.— Cuando usted habla de un proceso por etapas, ¿desea

decir que debe haber un retorno de primera, segunda o tercera clase, dependiendo esto de los matices del rojo?

R.— No, creo, y soy muy claro, que el derecho de vivir en la patria no puede ser condicionado a ninguna ideología.

Pero también estimo que, lo primero y más urgente es que el Gobierno acoja las situaciones en las cuales hay factores humanitarios, como la de Rafael Agustín Gumucio, que es un hombre con más de 70 años, que sólo pide volver a terminar sus días en su país. Lo mismo con respecto al ex-senador, Víctor Contreras, por citar algunos nombres. Son numerosos los ejemplos en que no hay razón "política" alguna para mantener tanta injusticia.

P.— La izquierda, en sus largos años de exilio, ha organizado, mediante seminarios, foros, asambleas, una forma de denuncia que permita mantener viva la preocupación mundial frente al problema chileno. ¿Cuál ha sido su actitud frente a esto? . . . ¿Ha participado? ¿Mantiene contacto con la izquierda?

R.— No he participado y no creo convenientes esos seminarios, esos foros. Insisto, respeto mucho el exilio, pero estimo que las cosas se deben dar en Chile y se deben decir allá, sin perjuicio de que uno pueda aportar su opinión, sus planteamientos, sus inquietudes. Muchas veces el destierro provoca en la gente el efecto de perder de vista lo que sucede realmente en el país.

En el exilio se desarrolla cierta actitud voluntarista, uno quiere que las cosas sean como uno quisiera que fueran. Incluso se pone un poco injusto, porque se piensa que la gente que trabaja en el interior no dice o no hace lo que debiera hacer o decir. Trato de no caer en eso, aunque es bastante difícil; tal vez sea la prolongación del tiempo la que va provocando ese efecto, no sé, pero no creo en los seminarios abiertos, en las discusiones de salón. Ahora, no niego y tampoco soy el llamado a negar el derecho que tienen otros para hacerlo. Es un problema de conducta y de decisiones personales. Por mi parte, mientras estuve en Chile, trabajé incansablemente por terminar con esta injusticia y, en el extranjero, he hecho y haré lo mismo.

Bueno, en primer lugar, tomé la decisión de reforzar mis conocimientos de idiomas, lo que no había podido hacer ha-

cía mucho tiempo. Siempre tenía conciencia de que una persona debe dominar por lo menos un idioma más y por eso decidí hacer un esfuerzo en ese sentido. Tuve también que dedicar una parte importante de mi tiempo a instalarme, a buscar departamento, lo que es bastante difícil; cuando uno está en su país, resulta más fácil; uno sabe donde ir y como ir, tiene amigos, es diferente. Aquí, por supuesto, hay muchos amigos que ayudan, pero no es lo mismo.

Mi actividad principal es la creación de una fundación que se dedique a promover una integración real entre España e Iberoamérica, lo que hasta la fecha ha sido más bien formal. He instalado las oficinas, se ha dictado el decreto que la autoriza y ya hemos comenzado a hacer investigaciones y tomado iniciativas en diversas actividades. Otra parte de mi tiempo, la dedico a mantener contacto con mi país, a leer lo más posible y a establecer conexiones con dirigentes y líderes extranjeros y sectores intelectuales. He recibido muchas invitaciones de diversos países para participar en seminarios y dar conferencias. Pero, en realidad, el tiempo se hace escaso.

Para redondear la respuesta, debo decirle que, mi lema es extraer todo lo posible que se pueda de esta situación tan negativa e injusta que me toca vivir.

P.— Andrés, con las perspectivas que le da este año de exilio, ¿cómo ve usted a Chile?

R.— Diría que Chile, en su conjunto, me duele. Me duele como chileno, porque veo un país en el que está rota la convivencia y donde la violencia se incrementa; un país cuyos habitantes no sienten seguridad física; un trabajador no siente seguridad en su trabajo; los empresarios se sienten inseguros sobre lo que pueda pasar en los próximos tiempos, no se dan los pasos de apertura para que, realmente, la gente vea que hay un esquema de solución, con plazo determinado.

El proceso llamado de transición no permite avanzar. Ni siquiera lo llamaría de transición, diría que es más bien una prórroga de mandato. No permite dar los pasos ni se observa la voluntad para darlos, para que sea transición auténtica, porque para hacerla real, debiera primero permitirse el ejercicio de las libertades fundamentales en su plenitud, mediante estatutos legales que las reconocieran (1)

(1) Esta entrevista está realizada en julio de 1981, por ello en las páginas finales se han agregado los temas de crisis económica 1982.

P.— ¿Cuáles?

R.— La libertad de reunirse, de asociarse en materia política; la libertad de expresión en su sentido auténtico, la libertad de imprenta, la libertad sindical, la libertad de prensa absoluta. No puede ser que hoy se publique sólo aquello (artículo, revista o libro) que cuente con la aprobación y la autorización del Gobierno. Para qué hablar de fundar un diario o una revista. Todo debe pasar por el Ministerio del Interior. No puede ser que las libertades personales estén sujetas a una restricción, que sólo depende de la voluntad del Presidente de la República, en virtud de la norma 24 transitoria. Este puede detener hasta por veinte días a un ciudadano, el Presidente puede relegar hasta por tres meses y renovar esa relegación, puede expulsar del país o impedir su ingreso a cualquier chileno o extranjero y hasta privar de la nacionalidad a cualquier persona.

Entonces, en el fondo y de acuerdo con esa disposición transitoria, el Presidente de la República tiene tanto poder como tenía el rey en la monarquía absoluta, en el que éste podía aplicar estas facultades sin que hubiera derecho a ninguna reclamación.

En esos tiempos se afirmaba que la vida y la bolsa de los súbditos dependían de la voluntad del rey o de como amanecía éste.

El Presidente de la República puede ejercer estas facultades en forma indiscriminada, sin consultar siquiera a la Junta; al menos antes, muchos de estos tipos de decretos debían ser firmados por todos los miembros del gabinete.

Con este famoso artículo 24, el General Pinochet tiene más facultades que las que él mismo tenía antes del 11 de marzo. En dicho artículo, de cuya cita textual no dispongo, se expresa: contra estas medidas, sólo podrá reclamarse ante la autoridad que las tomó. Es decir, ante el mismo Gobierno.

Frente a casos concretos, el Poder Judicial no podría entrar a investigar sobre los hechos en que se fundamenta la medida gubernativa. Espero que esto se rectifique pronto, porque lo considero gravísimo. Pueden ser falsos los hechos, pero, el juez sólo debe dar trámite a cualquier recurso de amparo que presente el afectado. Alegan que, en virtud de

eso, los Tribunales de Justicia no pueden conocer o pronunciarse sobre el recurso de amparo; pueden sí interponerse recursos de amparo; pero si el Presidente de la República ha expulsado a un chileno, aplicándole el artículo 24, el Poder Judicial no puede resolver si la medida es justa o injusta. Todo eso hace de Chile un país donde la gente no se siente con seguridad. Hay una inseguridad total. Hay mucho temor. Me asiste la idea que la gente se atemoriza más que lo que en realidad debiera ser.

Existe una especie de autoatemorizamiento. Uno mismo se está censurando. No sólo hablo de los periodistas, en ellos es muy visible, sino de las personas comunes y corrientes que se bloquean para tratar de evitarse problemas. Es muy escasa la gente que está en condición de liberarse de ese esquema, y los pocos que están dispuestos a ello, son precisamente, los que se exponen a sufrir los riesgos de las sanciones o los que se atreven a quebrar el cuadro y a hacer valer sus posiciones por la vía de la violencia.

P.— ¿Cuáles son sus principales críticas a la Constitución aprobada por el Gobierno?

R.— Un Gobierno de signo distinto, que quiera hacer las cosas en forma no democrática, podría utilizar esta misma Constitución para aplicársela a sus autores. Podría cometer todo tipo de abusos y tropelías y ninguno de éstos podría reclamar, porque no tendría autoridad moral para ello. No podría decir: "lo que era bueno para mí no es válido para tí".

Basta esta argumentación para calificar esta Constitución. El país tiene que tener conciencia de que las Constituciones no se dictan para un determinado período, sino para que duren el mayor tiempo posible y sean aplicables por cualquier grupo que gobierne, de tal manera que ese régimen maneje un sistema de controles que garantice a los ciudadanos sus derechos, y al país, que el sistema funcione democráticamente. Ese es el objeto de las Constituciones, y éstas existen en todos los países democráticos del mundo occidental. Esto no es ninguna novedad, no lo estoy inventando yo. En cuanto a su contexto y a su aplicación, la Constitución actual no da una solución democrática. Planteé mis posiciones durante el plebiscito y el país las conoció.

Ahora, ¿Por qué digo que la Constitución no conlleva una solución democrática?

Porque el proceso de generación de la autoridad no es democrático.

Un presidente debe ser elegido en una campaña en la cual haya otros candidatos, en la que todas las partes tengan la posibilidad de poder pronunciarse y de dar a conocer sus posturas, en la cual los candidatos puedan reunir a sus partidarios, dirigirse a la opinión pública en forma generalizada y no sólo en un solo acto; que haya un Registro Electoral y que las mesas electorales sean controladas por un poder electoral independiente.

En Chile no ha habido una elección presidencial; lo que sí ha habido es un plebiscito sobre el cual nos pronunciamos en su oportunidad. En base a este acto se afirma que se ha producido una ratificación del mandato presidencial del General Pinochet. Pero elección, la palabra lo dice, la elección supone elegir entre dos o más, no entre una persona, sino entre dos o más. Eso no sucedió en la generación del poder.

La soberanía radica en el pueblo y es el pueblo el que delega su soberanía en sus autoridades por un plazo determinado. En esta Constitución, la duración del primer mandato, que no es resultado de una elección, es por un plazo de ocho años y luego, vencido ese plazo, no habrá una elección nuevamente, sino que la Junta de Gobierno propondrá al país un candidato y si el país lo rechaza en plebiscito, la Junta de Gobierno llama a elecciones, según tengo entendido, un año después. En caso de que gane el plebiscito ese candidato, durará otros ocho años y ese candidato podrá ser nuevamente el General Pinochet, lo que quiere decir que él puede gobernar por un período de cerca de 24 años.

En estos primeros ocho años, sostengo y he escuchado la misma opinión a mucha gente, no hay contemplados en la Constitución, pasos claros para ir a una solución democrática. Distinto sería si se contemplara un itinerario, con plazos precisos y breves, para hacer realidad las etapas que se han prometido.

P.— Volviendo al famoso artículo transitorio (24), ¿Cree usted que su vigencia por sí sola es causa de inseguridad para los chilenos?

R.— Al estar sujetos a esta norma, los chilenos están expuestos a todo tipo de arbitrariedades, incluso a la venganza o al chantaje, como lo expresó "El Mercurio" en un editorial, después de acaecidos los hechos de Calama y Viña del Mar. Los chilenos, con razón, pueden dudar de su seguridad personal y tienen derecho a desconfiar de las instituciones policiales y de seguridad.

Está comprobado que los funcionarios de los organismos de seguridad pueden actuar impunemente, como ha pasado en los casos de Calama, Lonquén, Yumbel, Cajón del Maipo, Covema y tantos otros, conocidos y desconocidos.

La opinión ciudadana tiene conciencia de que, cuando no hay control sobre este tipo de organismos de seguridad y hay un Poder Judicial que se autolimita en sus funciones, los funcionarios dependientes de aquéllos pueden cometer todo tipo de tropelías. Dos de ellos fueron capaces de matar a dos empleados del Banco del Estado de Calama, en un acto de barbarie increíble, utizando su poder, actuando —como ellos dicen— por orden de un superior. Con esta declaración pretenden legitimar su crimen. Ello no puede llevar sino a concluir que los chilenos no tienen seguridad alguna. Están expuestos a todo género de aberraciones, hecho que hoy reconocen los propios apologistas del régimen.

Todos los hechos denunciados, desde crímenes impunes, torturas y detenciones antojadizas, cometidas por funcionarios de los servicios de seguridad, han provocado en el país una crisis moral, aún más grave que la económica. Puede suceder, en un caso extremo supuesto, que un funcionario de la CNI (ex-DINA), lleva a cabo acciones represivas en contra de otra persona por motivos personales, por venganza.

P.— ¿Cómo analiza usted el sistema económico del gobierno chileno?

R.— En los gobiernos en los cuales no hay posibilidades de control, de parlamento, de libertades sindicales, donde están restringidas las libertades fundamentales, por supuesto que se pueden presentar, aparentemente, grandes cifras y grandes éxitos en la economía.

Lo que impacta en el exterior y lo que beneficia la imagen de ese gobierno son, precisamente, las cifras macroeconómi-

cas, (1) porque el mundo internacional se mueve mucho en base a eso y le importa poco lo que suceda a los pueblos o el costo social que las grandes mayorías pagan. Pero el problema es que, cuando uno opta por un modelo de sociedad, por lo menos dentro de la concepción humanista, lo que importa, es el desarrollo integral de la sociedad, es decir, una evolución por el hombre y para el hombre.

En este sentido no podemos estar de acuerdo con los esquemas totalitarios o autoritarios, en los que se eliminan las libertades y que dicen: "Primero, vamos a lograr los éxitos económicos, unos dentro de la concepción libre mercadista absoluta del "laissez faire", "laissez passer", y otros dentro de una concepción marxista, que en eso se asemejan mucho. Declaran lo siguiente: primero vamos a lograr éxito y desarrollo; en seguida transformaremos el subdesarrollo en desarrollo y después vendrá la libertad.

Pero la Historia nos enseña que nunca viene esa libertad. La Unión Soviética planteó esa tesis hace 65 años; hasta la fecha no ha logrado avanzar hacia la libertad. Los países de la órbita soviética, que son todos de la post-guerra, llevan 35 años y cada vez que han intentado ir hacia un proceso por humanizar el socialismo, sus expectativas han sido aplastadas. Lo mismo ha sucedido en los otros regímenes no democráticos de occidente. No creo que ningún sistema, que coarte las libertades individuales pueda lograr éxitos económicos finales.

P.— ¿Y en Chile de hoy, qué sucede?

R.— El modelo chileno funciona sobre la base de un sistema, en el cual no rigen las libertades fundamentales, se vive constantemente en un estado de excepción o de emergencia, están limitadas las libertades sindicales, existe un plan laboral mediante el cual un trabajador, que mantiene una huelga por más de cincuenta y nueve días, queda automáticamente despedido, en el que se han atomizado todas las organizaciones intermedias, como los colegios profesionales por ejemplo. Es un modelo económico que está creando grandes desigualdades hasta el extremo de que Chile parece

(1) Esta afirmación se hacía en julio de 1981, antes que estallara la crisis económica de 1982.

estar dividido en dos sectores: un grupo minoritario, que es el gran beneficiado con los resultados del proyecto y otro, la mayoría, que es el que paga el costo de los beneficios que obtiene el primer grupo.

Se ha producido una cuantiosa acumulación de riquezas en pocas manos; es difícil concebir, en el mundo, un enriquecimiento tan grande, en tan poco tiempo, en favor de dos o tres grupos económicos que, a su vez, están, o al menos estaban fuertemente vinculados con quienes conducen la política económica gubernativa.

Si analizamos, en su conjunto, el proyecto de sociedad que se pretende construir en base a este modelo, veremos que es una sociedad que no se funda en la justicia, sino en una libertad supuesta; que genera injusticias y desigualdades tan marcadas, que tarde o temprano pueden ser causa de una violenta reacción social.

En los últimos hechos producidos en Chile, como ser el caso CRAV, se demuestra una vez más que el modelo depende del apoyo financiero externo, y que, en la misma medida en que falle esa ayuda, el sistema se viene al suelo. Por ejemplo, basta que la CRAV, que no es un grupo importante, acuse una quiebra de 300 millones de dólares, para que el mundo financiero se ponga reticente a seguir apoyando, con tanta fuerza y con tanta facilidad, los créditos externos. En ese momento, empiezan a surgir problemas bastante críticos de balanza de pagos, balanza comercial y cuenta corriente.

Por otra parte, el país no se está construyendo con sentido histórico, porque la fuerza productiva del país está siendo destruída y sólo subsisten las áreas de producción, en las cuales Chile tenía reales condiciones de competencia externa, como es la minería, la fruta, la pesca y la madera, o sea, todos los productos que la naturaleza prodiga. Sin embargo, las industrias van desapareciendo, sobre todo en este último período en que se ha mantenido fija la tasa del dólar, lo que ha producido una subvención de las importaciones y una desincentivación de las exportaciones, porque al productor

(1) NOTA: Debe tenerse presente que esta entrevista fue hecha en julio de 1981, antes de producirse la crisis económica de fines de ese año, y la del año 1982. Para completar el tema se agrega al final, en la segunda parte, una pregunta para actualizar la respuesta.

chileno, que exporta, le han subido los costos internos y la moneda en que se le paga ha mantenido el mismo precio. Esto puede ser también un elemento explosivo en corto plazo, no digo de inmediato; el país todavía tiene capacidad de resistir durante algún tiempo, pero, diría que es una resistencia suicida, porque, en definitiva, va a tener que reconocerse la realidad. No puede ser que, en Chile, el dólar valga lo mismo que hace dos años, cuando en esos dos años había una inflación del orden de un 60 o un 70 por ciento, en tanto que el mercado internacional se ha revalorizado, y el dólar está revaluado.

Aquí existe un talón de Aquiles, ya que todo el proceso chileno se sustenta sobre la base del endeudamiento, cada vez más masivo, en el campo financiero internacional y que puede estar expuesto en cualquier momento, como ya sucedió en el caso CRAV, a que se produzca un corte en el recurso externo, lo que puede provocar una situación muy grave (1).

P.— El Gobierno ha sostenido que no es responsable de las quiebras particulares que se puedan producir y que, en la medida en que los empresarios no manejen bien sus empresas, no tiene por qué actuar como salvavidas. ¿Qué opina usted de estas afirmaciones?

R.— Efectivamente, tanto el General Pinochet como su ministro de Hacienda y sus colaboradores más directos en materias económicas, han formulado esta aseveración. También se han sumado a ella los comentaristas económicos de los medios de comunicación que le son adeptos.

La han hecho, especialmente, para justificar el alto endeudamiento externo del sector privado, sosteniendo que ello no involucra ningún riesgo para el Estado chileno, ya que dichos créditos no cuentan con su aval y sólo deben responder de su pago los Bancos y el sector privado comprometido.

Los hechos demuestran y van a demostrar que la afirmación de que en la política económica del actual Gobierno, el Estado no responde de los créditos del sector privado, no tiene fundamento de verdad en la práctica. Cuando, en la realidad, algún banco o institución financiera estén en riesgo de caer en la insolvencia será el Estado el que tendrá que hacer

frente al compromiso, ya que, en caso contrario, la banca internacional suspenderá automáticamente la entrega de créditos y ello bastará para que el Gobierno tenga que hacer en la práctica, todo lo contrario de lo que predica y asegura. La banca internacional sabe que, por muy privados que sean los créditos, alguien tiene que responderle, y ese alguien no es otro que el país, y si éste pretende hacerse el fuerte en la argumentación de que las deudas son privadas y que nada tiene que ver en su cumplimiento, sabemos que la respuesta será: "Está bien, es cierto, usted tiene razón, pero mientras esto no se arregle por alguien, no hay más crédito ni para el Gobierno ni para los privados". En esto el mundo financiero internacional es muy protegido y siempre logra que se le entienda su argumentación, si no veamos lo que sucedió con Nicaragua, después de la caída de Somoza.

El nuevo Gobierno Sandinista pretendió desconocer la deuda, no la del Gobierno, sino que también la privada, la que, en gran parte, había beneficiado los negocios del propio Somoza.

Había bastante fundamento moral para hacerlo, pero no fue posible, porque, en la realidad, si así se procedía se les iba a cerrar todas las fuentes de créditos internacionales, y en definitiva, tuvieron que renegociar toda la deuda. En el caso de Chile no tendría por qué ser diferente.

El modelo económico chileno se sostiene sobre una variable que lo hace muy vulnerable, y ésta no es otra que la necesidad constante de un endeudamiento externo creciente, casi en progresión matemática.

Para comprobarlo, bastan las cifras de los créditos externos de los tres últimos años. Sólo en el año 1981 van a contratarse créditos superiores a los 4.500 millones de dólares. Hay que darse cuenta de que esa cifra es igual al saldo neto de la deuda externa chilena acumulada durante los 150 años de su Historia, esto es, hasta el año 1973. En el año 1981 el endeudamiento externo total excederá los 17.000 millones de dólares. Se logrará el record de ser el país más endeudado per capita.

Si, por cualquier causa, se deteriora el crédito externo que se precisa para financiar las importaciones crecientes que el país demanda, la economía entrará en una crisis de magnitud

de incalculables consecuencias. Tarde o temprano esto puede suceder, no puede ser que un país pretenda vivir y alimentar un consumo superfluo, en base a un endeudamiento creciente. Esto es parecido al que quiere vivir en fiesta gracias a los préstamos que puedan hacerle los bancos o los usureros. Eso siempre termina mal.

El reciente caso CRAV muestra claramente que lo que sostengo tiene validez. Producida la crisis de este grupo, que no es el más importante, no se le deja caer en quiebra, sino que todos sus acreedores (los bancos, financieras y aún el Banco del Estado), presionados o aconsejados así por las autoridades económicas del Gobierno, proceden a celebrar un convenio de pago, se reparten la pérdida entre ellos y, lo primero que hacen es pagar o garantizar a los acreedores extranjeros su pago total, pero no se hace lo mismo con las deudas que el grupo tenía con los acreedores nacionales.

P.— Pero, ¿por qué se hace esta diferencia? ¿Por qué el Banco del Estado, que es de todos los chilenos, tiene que perder una suma que se calcula en unos 50 millones de dólares?

R.— Por la razón que daba en mi respuesta anterior. El Gobierno, si bien, asegura, en teoría, que no responde de las deudas privadas, al final tiene que hacerlo más aún cuando toda su estabilidad económica, y también política, depende de la afluencia de los créditos externos. Aquí, en este esquema pueden perder o sacrificarse los nativos, pero no los extranjeros.

En el caso CRAV, hay que agregar que el Estado le donó una suma cercana a los 300 millones de dólares, mediante la entrega de un crédito que le otorgó el Banco Central, en 1975, y que luego el ministro de Hacienda, en forma muy silenciosa, le condonó en virtud de un decreto que se firmó al efecto. Este hecho ha sido denunciado por Alejandro Hales y no se ha desmentido, sino al contrario, el ministro de Economía de la época ha declarado que concedió efectivamente el préstamo, para evitar un alza desmesurada en el precio del azúcar. Nuevamente una contradicción con lo que se ha repetido por el jefe de Gobierno, y por las autoridades económicas como un dogma, que los beneficios y las pérdidas son del sector privado y no del Estado.

Estoy convencido de que, cada vez que se presenten situaciones como ésta, y que serán muchas en el futuro, el Estado tendrá que responder y, cuando deje de hacerlo, se le va a venir el mundo encima. Claro es que el Gobierno podrá pagar las deudas del sector privado en quiebra, hasta cuando le alcancen los fondos para responder, y eso tiene un límite, y cuando se acaben esos fondos, puede proceder, como un particular en apuros, a pretender vender el sofá, que podrían ser —en este caso— las empresas básicas que se han creado con el esfuerzo de todos los chilenos.

Insisto, no hay coincidencia entre lo que se afirma y lo que se practica. Ayer fue el caso de la financiera "La Familia", en que había comprometida gente del régimen; luego, la donación a los aceiteros por varios millones de dólares para que no subieran el precio; hoy ha sido la CRAV, mañana serán otros, pero siempre será el Gobierno quien responderá de los intereses de los grandes grupos, más aún cuando se trate de créditos en el extranjero.

P.— ¿Qué pasaría en el caso de una quiebra del grupo Vial?

R.— Personalmente, creo que se cae todo. . . se caen muchas cosas, más que un banco, una empresa o un grupo. . .

P.— ¿Podría explicarlo?

R.— Claro, porque si se cae cualquiera de los dos o tres grupos económicos, los créditos externos, por sumas muy importantes, se paralizan automáticamente, y en el momento en que esto ocurre, se derrumban los grupos y esto provoca una crisis generalizada.

Si con el caso CRAV, que pertenecía a un grupo no tan importante, se inició en Chile el proceso de recesión, no quiero decir que sólo sea el caso CRAV el que provoca este problema, sino que CRAV es uno de los detonantes para que se provoque esta explosión. . . Ahora, si el detonante es más fuerte que el de CRAV, entonces la explosión va a ser mayor.

P.— ¿Qué sucederá si el Gobierno se ve obligado a devaluar la moneda, pese a las declaraciones que sostienen lo contrario?

R.— Desde que el Gobierno modificó su política cambiaria y fijó el tipo de cambio, he sido crítico a esa política; así lo he manifestado en una serie de entrevistas en algunos medios de comunicación y también lo hice ver durante el plebis-

cito. La fijación del tipo de cambio es contradictoria con una política de libre mercado, ya que uno de los precios vitales se establece por la autoridad y no se deja que su valor se determine por el mercado, libremente. La medida tomada y sostenida es contradictoria con el modelo que preconiza el grupo de economistas llamados de Chicago; hace que no sea coherente con el resto de las políticas adoptadas. Creo que con ello le han puesto una bomba de tiempo al país, la que va siendo alimentada y potenciada con el transcurso del tiempo, y llegará un día en que no se podrá esconder la realidad y entonces se va a producir la explosión, empezando el derrumbe del modelo con todas sus consecuencias. (1)

(1) Esta pregunta fue contestada en julio de 1981, antes de la crisis de 1982 y la devaluación que hoy rige.

P.— Pero, ¿por qué es tan perjudicial la fijación del tipo de cambio, cuando en la realidad se ha demostrado que con ello se ha contenido la inflación?

R.— Es cierto, después de casi dos años de adoptarse la medida, la porfiada inflación chilena ha empezado a disminuir, pero la verdad es que el precio que se paga y se pagará por derrotar la inflación puede significar la destrucción del país, en términos económicos y sociales.

P.— ¿Con qué fundamento hace esta afirmación?

R.— Muy sencillo. Si con la fijación del tipo de cambio se subvencionan las importaciones y ello obliga a que los chilenos se abastezcan fundamentalmente de productos importados, el resultado final no puede ser otro que llegar a inflaciones cero o menos cero, si se toma en cuenta que, además, los países que nos venden, subvencionan sus productos. Pero, a su vez, la consecuencia será que los productores chilenos tendrán que cerrar sus puertas, ya que no podrán competir con los productos importados, que son subvencionados, por una parte, por el Gobierno chileno, a través del tipo de cambio, y por la otra, por el Gobierno de origen al que le interesa vender sus productos. Esto se ve cada día más claro en la agricultura chilena, que está al borde del colapso, y también en la industria, que ha tenido que reducir drásticamente su tamaño o bien cerrar.

Por otra parte, la fijación del tipo de cambio afecta a los exportadores, ya que al mantenerse invariable, disminuyen sus posibles márgenes de utilidades, en la misma medida en que haya subido los precios internos, que desde la fecha de la fijación del tipo de cambio, han variado en cerca de un 60% (inflación interna acumulada en los dos últimos años). A mayor abundamiento, a consecuencia de la recesión internacional, caen los precios nominales de los productos que exportamos, hecho que, sumado al deterioro interno, determina que la actividad exportadora entre en crisis.

La caída de la actividad interna y de las exportaciones se traduce en definitiva, en incrementar las tasas de cesantía que, de por sí, ya son muy altas, lo cual hace que también disminuya la demanda interna, engendrándose así un círculo infernal, que no puede tener otra consecuencia que una grave crisis económica y social del país, u otra imprevisible.

Mientras más tarde se reconozca esta realidad, más grave va a ser el daño; hasta puede suceder que si se devalúa la moneda a destiempo, sea como dar una aspirina a un enfermo con bronconeumonía doble. A esa altura, el remedio tendrá que ser mucho más drástico y no sólo una devaluación y si no se hace así, podremos desembocar en un proceso parecido al argentino, con todas sus consecuencias.

P.— El Gobierno Demócrata Cristiano fue muy partidario de la integración de Chile con los países latinoamericanos. Este Gobierno siguió un camino distinto. A su juicio, ¿cree que Chile perdió al retirarse del pacto Andino?

R.— Efectivamente, el Gobierno del Presidente Frei, tuvo como tarea primordial el trabajar por crear las condiciones necesarias, para lograr una real integración entre los países latinoamericanos, no sólo de orden económico, lo que se consideraba fundamental, sino también de orden político, cultural y físico. Ante las dificultades de avanzar en un proyecto de un mercado común para toda América Latina, como era el ideal perseguido, se optó por trabajar en la construcción de un proyecto regional, que incluyera a los países andinos, objetivo que se logró plenamente, dándose nacimiento al llamado Pacto Andino. Fue un paso muy positivo, con una proyección importante para el futuro, no sólo desde el punto

de vista económico, sino que en términos de política internacional y de interés geopolítico.

Mi opinión es que el gobierno de Pinochet ha cometido un gravísimo error al retirar a Chile del Pacto Andino y las consecuencias, en términos de seguridad externa, ya se han hecho presentes. Hemos quedado aislado en América Latina. Este es el precio de implementar una política económica de liberalismo extremo.

Estoy convencido de que el Gobierno fracasará en esta política económica suicida, ya que Chile no está en condiciones de competir libremente con los colosos extranjeros, y luego tendrá que volver a recorrer el camino de buscar aliarse e integrarse con los socios que le corresponde, que no son otros que los países de América Latina. La política seguida por los libremercaderistas y ultra liberales es miope y de corto alcance.

P.— ¿Cómo ve usted a Chile desde un punto de vista internacional?

R.— Es un hecho objetivo que Chile, por diversas razones, se encuentra aislado. Por una parte, el pronunciamiento militar y todo el proceso posterior traen, como consecuencia, un aislamiento absoluto con el mundo socialista. Es comprensible este aislamiento, aunque no aconsejable. Por otra parte, Chile sufre también un gran aislamiento con respecto a Europa, debido a errores cometidos por el propio régimen. Sus relaciones son bastante limitadas dentro del contexto latinoamericano: su retiro del Pacto Andino, sus conflictos históricos con Perú, Bolivia y Argentina. Países que podrían tener una mayor similitud con Chile, por sus regímenes políticos, se cuidan de no mostrarse en relación muy íntima con nuestro país: es el caso de Brasil, del cual Chile no recibe apoyo activo; y, finalmente, la situación con los gobiernos democráticos de Venezuela, Ecuador, Colombia, es bastante formal.

P.— ¿Cómo son las relaciones con los Estados Unidos?

R.— Con este país llegaron a un punto crítico durante la administración del presidente Carter. Todo ello motivado por la trasgresión a los derechos humanos y, en especial, por el desgraciado asesinato del ex-ministro Orlando Letelier, en el corazón de la capital norteamericana, del que se culpó directamente, como autores, a militares de alta graduación,

que estaban a cargo del organismo de seguridad llamado DINA.

Asimismo, el país estuvo a punto de sufrir un boicot internacional de parte de las organizaciones de trabajadores de todas las ideologías, respaldado por la filial sindical estadounidense, denominada A.F.L.C.I.O.. Todo ello también por los atropellos a los derechos sindicales.

Con la elección del presidente Reagan, la posición de Chile ha mejorado en relación con la administración norteamericana; el régimen chileno se ha sentido más respaldado, al menos no ha sido atacado, y tiene razón para ello, ya que la nueva política de Estados Unidos está fundada en una acción pragmática, que no se condiciona por las posibles infracciones a los derechos humanos o por ser regímenes autoritarios. Sin embargo, esta mejor relación no se ha podido traducir, hasta la fecha, en un apoyo real y decidido, salvo que éste sea subterráneo y muy efectivo, ya que la Administración Reagan no ha contado con acciones del Gobierno de Pinochet que le permitan presentarlo como algo abierto. Un hecho que comprueba este aserto: El presidente Reagan no se ha encontrado con fuerzas como para expedir el famoso certificado, por el cual pueda asegurar al Senado de su país, que el régimen chileno ha tenido avances significativos en materia de respeto irrestricto a los derechos humanos, como tampoco ha dado satisfacción plena en juzgar a los responsables chilenos en el asesinato del ministro Orlando Letelier, lo que no permite que se levanten las sanciones en contra nuestra. Esto no quiere decir que en un tiempo más el presidente Reagan otorgue el certificado, es eso lo que quieren los funcionarios de su Administración que sólo esperan el momento oportuno y menos molesto.

P.— ¿Por qué hechos usted llega a afirmar que la situación internacional de Chile es débil?

R.— Nuestra debilidad en materia internacional ha quedado demostrada con la actitud, injusta e inaceptable, por calificarla bondadosamente, de parte de Argentina, al desconocer el fallo arbitral de la Reina de Inglaterra sobre la zona del Beagle, en litigio. Si Chile hubiese contado con el apoyo de la comunidad internacional, a la Argentina le hubiese sido muy difícil desconocer unilateralmente el fallo o laudo arbitral:

pero, la actitud de este país se ha visto incentivada por el silencio guardado, no sólo por los países de la órbita socialista, sino por todos los países del mundo occidental, incluidos todos los países latinoamericanos. Chile, en su pasado democrático, siempre fundó su fuerza y potencialidad, no tanto en las armas, sino en la importante presencia que tenía en el contexto internacional, que en caso alguno correspondía al tamaño y peso real en comparación con otros actores. Una manera de comprobarlo es hacer memoria de los chilenos destacados en importantes cargos de organizaciones internacionales: José Maza, presidente de Naciones Unidas; Hernán Santa Cruz, uno de los máximos directivos de la FAO y de destacada actuación en la redacción de la carta sobre derechos humanos de las Naciones Unidas, durante el gobierno del presidente Gabriel González Videla; Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; el Doctor Isaac Horwitz, director de la Organización Mundial de la Salud; Raúl Sáez, uno de los miembros del comité llamado de "Los nueve sabios", que recibió el encargo del presidente Kennedy de hacer proposiciones para la llamada Alianza para el Progreso; Carlos Martínez Sotomayor, en UNICEF, Gabriel Valdés, en PNUD, etc. Podríamos seguir nombrando a muchos otros que se nos escapan y que ocupan altos cargos en organismos como la ONU, FAO, BANCO INTERAMERICANO, OMS, BANCO MUNDIAL, CEPAL. Todo esto, debido al inmenso respeto que se sentía por Chile como nación, con una de las democracias más antiguas del mundo occidental. Todo este prestigio internacional se ha deteriorado, o al menos, neutralizado en parte, por la campaña de los países socialistas, pero, también la caída de nuestro prestigio en parte importante se ha producido en el mundo occidental, porque el actual Gobierno se ha enemistado con estas democracias, a las que algunos de los actuales "ideológicos" del régimen llaman las "democracias corrompidas".

Me alegraría, como chileno, de que nuestro país lograra recuperar su prestigio internacional, ya que, por ese camino, se incrementaría la seguridad externa. Si se hace un análisis objetivo y no apasionado, se tiene que llegar a la conclusión de que la situación de Chile, en materia internacional, es bas-

tante débil y muy disminuída, si la comparamos con esa misma situación en el pasado. Nuestro país gozó siempre de una muy buena vinculación internacional con todo el mundo y, durante el Gobierno del presidente Frei, Chile fortaleció sus posiciones al abrir relaciones con todo el mundo, sin exclusión, incluso con el área socialista, afianzando, además, sus relaciones con Europa y Estados Unidos. Con mucha independencia, se llegó a un muy buen nivel de relaciones con Brasil y con Argentina; con este último país, se lograron soluciones, por la vía del arbitraje, de algunos problemas limítrofes pendientes en la zona Sur, y se acordó la celebración de un tratado de diez años de duración, lo que se ratificó en el Gobierno del presidente Allende.

Creo que, efectivamente, el bloque socialista tuvo y ha tenido una acción crítica respecto de Chile. Han sido actores importantes en la campaña en contra; pero, no hay que ser miopes: las condenas de los Gobiernos de los países democráticos, tanto en Europa como de Estados Unidos, se han debido no sólo a esa campaña, sino a hechos objetivos que se han producido durante ese período en Chile, por las trasgresiones a los derechos humanos. Por mucho que el marxismo internacional hubiese pretendido hacer una campaña, ésta no hubiera tenido ninguna resonancia, ningún éxito, si no hubiera habido causas en que se fundara. No hay que buscar más en los agentes, sino en las situaciones reales que el país ha vivido y vive, que no sólo han sido denunciadas por el marxismo internacional, sino por sectores tan importantes como la iglesia o muchas organizaciones, muchos personeros civiles y corrientes de opinión que han estado en permanente reclamación frente a las injusticias cometidas.

Concluyendo, diría: efectivamente hay una campaña que está inserta en la confrontación del 11 de septiembre. Esa campaña ha tenido y tiene presencia; pero, no es la única que ha provocado el aislamiento internacional de Chile.